

PANEGÍRICO
DE DOLORES.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

¡Qué cuadro tan triste y desconsolador, señores, nos ofrece Jeremías, llorando las desgracias de la ciudad santa! ¡De aquella ciudad, objeto de tantas profecías, teatro de tantas maravillas, convertida en escombros, anegada en su propia sangre y entregada al furor de sus enemigos! ¡De la hermosa Jerusalen, que era el embeleso del mundo, sin habitantes, sin ley, sin rey, sin profetas, profanado el santuario, sin altares, sin sacrificios... sus sacerdotes, oprimidos de dolor, elevan al cielo plegarias lastimeras... sus vírgenes pálidas huyen al desierto... sus infantes cautivos lloran sin consuelo... y el Dios

que los habia sacado de Egipto desatendido al parecer á sus desgracias! Al contemplar el profeta tanto horror y desolacion, exclama lleno de amargura: «¡Oh, hija querida de Sion, tu dolor es grande, inmenso como el mar!» *magna est enim sicut mare contritio tua.*

Pero levantad vuestra vista hácia la cima del Calvario, y hé ahí un motivo mayor de dolor.

Ved allí á esa mujer admirable que nos describe el sagrado libro de los Cantares, reclinada su cabeza sobre el poderoso brazo del Esposo, abatida en el mayor dolor; toda su gloria se ha convertido en confusion, su felicidad en desdicha, su citara en llanto, sus cánticos en amargura y dolor. Ved allí á una Madre querida, traspasada de penas, sin consuelo, abandonada de Dios, de los ángeles y de los hombres, y en vano levanta sus ojos y sus manos al cielo, y exclama á su eterno Padre: «Sobre mí se ha descargado tu furor, y las olas todas de tu indignacion han venido sobre mí:» *Super me confirmatus est, etc.*

Y hé aquí, señores, bosquejado ya el plan de mi discurso. La Iglesia nos congrega hoy en este lugar santo, cubierto de luto, para contemplar los dolores de nuestra desconsolada Madre María, junto á la Cruz de su amado Jesus. Pero ¿quién será capaz de hacer su descripcion? La elocuencia de Isaías, los doloridos acentos de Jeremías, el encendido espíritu de un serafin, señores, no serán bastante á bosque-

jarlos siquiera. ¡Oh, Virgen dolorisísima, tú sola serás capaz de ponderar la grandeza de tu dolor!

Yo, amados míos, más insuficiente que ningun otro, soy el encargado de describirles hoy ante vosotros, y voy á concretarme sólo á esta sencilla idea. El corazon de nuestra tierna y desconsolada Madre María al pié de la Cruz de su amado Jesus, sobre la cima del Calvario, es semejante á un mar inmenso donde se encuentran todos los rios de sus dolores y amarguras.—AVE MARÍA.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.º

Sólo la circunstancia de que la Santísima Virgen María es una Madre, basta para hacernos comprender toda la grandeza de su dolor, al contemplar sobre la cumbre del Calvario los tormentos de su amado Hijo Jesus. Porque el dolor, señores, está siempre en relacion con el amor. Y ¿quién ama como ama una madre al hijo de sus entrañas? Y ¿quién puede medir la extension de este amor? Ni aun la misma madre es capaz de medirlo ni comprenderlo; ella misma no puede darse cuenta de la extension del amor que profesa á su hijo. Por eso el Señor, teniendo presente

este sentimiento de la naturaleza que se extiende hasta los animales irracionales, prohibia en la antigua ley dar muerte á los corderos que servian para los sacrificios, delante de sus madres.

Añadid á esto la sensibilidad de la Santísima Virgen, dotada de una naturaleza perfectísima, la penetracion y ternura de su alma y la nobleza de su corazon; añadid tambien el conocimiento perfectísimo del valor de la persona de Jesus y de la causa de su sacrificio, y añadid, por último, el horror y crueldad inauditos de los tormentos que padecía, y os penetrareis, cuanto es posible, de la inmensidad de su dolor.

Para ello descendamos á los pormenores, y supuesto que el dolor es proporcionado al amor, veamos cuánto fué el amor de la Santísima Virgen á su Hijo Jesus, y comprenderemos cuánto fué su dolor al contemplar los tormentos de su Pasion. Consultaremos sólo la santa Escritura, y examinando en general, cuánto es el amor paterno, haremos ver que este crece en la madre por debilidad y sensibilidad de su sexo, y las razones especiales por qué este amor creció más y más en María.

Sea el primer ejemplo el del santo Job. Este hombre, héroe de la más invicta paciencia, modelo de todas las virtudes, hasta el extremo de ser propuesto por el mismo Dios á Satanás, y desafiar, permitiéndome esta expresion vulgar é impropia, desafiar su poder, este hombre purificado por medio de inaudi-

tas penalidades, oye que los sabeos han invadido sus posesiones y destruido y robado sus rebaños, y que los caldeos se han apoderado de sus camellos, y por única contestacion dice: «el Señor me concedió estos bienes, y el Señor me ha privado de ellos; sea su nombre bendito.» Pero cuando le anuncian que un viento impetuoso ha derribado la casa donde comian juntos sus hijos, pereciendo todos entre sus ruinas, llénase de dolor, rasga sus vestiduras, ráese el cabello, y postrado en tierra adora los juicios de Dios ¹.

El sagrado libro de los Reyes ² nos dice que, Absalon, al sublevarse contra su padre, erigió una estatua que llevaba en su pecho esta inscripcion: «no tengo hijos,» para dar á entender que nada podia detenerle al emprender una conjuracion en la que podria perder la vida.

El libro del Exodo ³ nos dice que Faraon no permitió la salida de los israelitas hasta que vió la muerte de su primogénito, temiendo sin duda que ocurriese la misma desgracia á sus demás hijos.

Más notable es, señores, el ejemplo del patriarca Jacob, que se nos refiere en el Génesis ⁴. Durante su vida le habian ocurrido grandes trabajos y penalidades, y en ninguna ocasion leemos que llorase ni se abatiera su espíritu; pero al anunciarle la muerte de su hijo José, lloró inconsolable, sin que, por el

¹ Job., cap. 1.^o

² 2.^o, cap. 18.

³ Cap. 3.^o

⁴ Cap. 37.

grande amor que le profesaba, quisiese admitir consuelo á su acerba pena: *lugens filium suum multo tempore, noluit consolationem accipere*. Y tanta era, señores, la vehemencia de su dolor, que deseaba le acompañase hasta el sepulcro: *descendam ad filium meum lugens in infernum*.

Pero sobre todos estos testimonios está el que nos ofrece el citado libro segundo de los Reyes ¹; hélo aquí: No ignoraba David la desobediencia y la perfidia de su hijo Absalon y, sin embargo, al enviar sus ejércitos para reprimir la sedicion, lo primero que encarga á los generales es que conserven su vida. Mas al saber que habia perecido pendiente de un árbol, exclama conmovido hasta lo más hondo de sus entrañas: «¡Hijo mio, Absalon; Absalon, hijo mio; quién me diera poder restituirte la vida aun á costa de la mia! Absalon, hijo mio; hijo mio, Absalon.» *¡Fili mi, Absalon; Absalon, fili mi; quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te! ¡Absalon, fili mi; fili mi, Absalon!* Así desahoga la vehemencia de su dolor, pronunciando hasta cuatro veces el nombre de su amado hijo.

Pues este amor paterno, señores, comun á los dos esposos para con sus hijos, recibe una intensidad, un grado de vehemencia y de ternura con respecto á la madre, que no es posible ponderar. Porque el corazón de la mujer es más tierno y delicado en sus

¹ Cap. 12.

sentimientos, y la imaginacion, y la sensibilidad, y su alma, y sus potencias todas toman parte en él. ¡Ah! vosotras, madres que me escuchais, podreis comprender el valor de mis palabras, aunque no sabeis vosotras mismas el amor que profesais á vuestros hijos.

La santa Escritura nos ofrece tambien pruebas de la intensidad del amor de la madre hácia sus hijos, comparado al amor del padre. El profeta Jeremías ¹, para ponderar el dolor con que deben llorarse los pecados, le compara al de una madre en la muerte de su unigénito: *luctum unigeniti fac tibi planctum amarum*. Isaías, para expresar la grandeza del amor divino, usa de la metáfora de una madre que acaricia llena de ternura á su pequeño infante: *Quemadmodum mater consulatur filios suos, ita et ego consolabor vos* ². Y el santo rey David explica su amor vehementísimo á su amigo Jonatás, que habia perecido en lo más recio de una batalla contra los filisteos, valiéndose tambien de la misma metáfora: «Me duelo de tu muerte, exclamaba, hermano mio Jonatás, hermoso y amable sobre el amor de la mujer; yo te amaba como la madre ama á su hijo único:» *Doleo super te, frater mi Jonatha decore nimis et amabilis super amorem mulierum, sicut mater unicum amat filium suum, ita ego diligebam te*.

Pues este amor paterno, con la mayor intensidad

¹ Cap. 6.^o

² Cap. 66.

que adquiere en el corazón de una madre, la más tierna, la más sensible, que aumenta el frecuente trato y las condiciones especiales del hijo amado, este amor se hallaba en la Santísima Virgen María, junto á la Cruz del Salvador, sobre la cima del Calvario.

Porque, señores, ¿cuáles son las causas que hacen más amable al hijo, ya amado con vehemencia sólo por ser hijo? ¿Será acaso el constante y familiar trato? Pues la Virgen María tuvo esta familiar comunicación con su amado Jesús desde el instante de su Concepción. Sí; la Santísima Virgen estuvo en perfecta y familiar comunicación con su Hijo Jesús, sabiduría eterna y sabiduría humana en su más alta perfección, desde que pronunció aquellas sublimes y misteriosas palabras: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí su voluntad.» Y si tanto fué el amor que produjo en los corazones carnales de Pedro, del evangelista y de la Magdalena, el trato por tan corto plazo con el Salvador, ¿cuál sería el que produjo en el de la Santísima Virgen la frecuente, constante, tiernísima familiaridad de toda su vida mortal? ¿Será, por ventura, la hermosura? «Pues Jesús es el más hermoso de los hombres,» decía David ¹: *Speciosus præ filiis hominum*. ¿Serán las riquezas, el poder? Pues el Hijo de María era el heredero universal ² y en sus manos había puesto Dios

¹ Psalm. 44.

² S. Paul. ad Heb., 1.º

el imperio del mundo ¹. ¿Será la ciencia? Pues Jesús era el depositario de todas ellas: *in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei* ². ¿Serán, en fin, su bella índole, su dulzura, la pureza de su vida? Pues Jesús reunía en grado sumo todas estas perfecciones. María, pues, amaba, y no podía menos de amar con todo su corazón y con toda su alma á su Hijo Jesús, porque era madre, y madre la más tierna y sensible, y porque Jesús reunía en su persona todas las cualidades que nos hacen amables. «Por tanto, dice San Buenaventura ³, no hubo ni pudo haber dolor más amargo, porque no hubo ni pudo haber Hijo más excelente:» *nullus dolor amarior, quia nulla proles charior*.

La Virgen María, señores, poseída de este grande amor, está inmóvil al pie de la Cruz de Jesús, y allí presencia los horribles tormentos que padece. ¡Cuánto no sería su dolor! Y ¡quién podrá describirle! ¡Su corazón es verdaderamente un inmenso mar donde se concentran todos los torrentes de amarguras, que ni aun podemos concebir! *magna est enim velut mare contritio tua*.

Contemplémosla, amados míos, sumergida en la más honda pena, meditando en silencio todos los pasos amarguísimos que os he propuesto y que os

¹ Joan., 13.

² Ad Coloss., 2.º

³ In off. de comp. Virginis.

han servido de meditacion durante este santo septenario. La espada de Simeon se le representa semejante á una espada de fuego, que divide y abrasa su corazon, y le parece oír el funesto vaticinio del anciano sacerdote: «Este niño será para la ruina y contradiccion de muchos, y tu alma será traspasada con la misma espada que ha de herir y despedazar su cuerpo durante su Pasion.» Recuerda los sustos, los sinsabores, las penalidades sufridas en su viaje y permanencia en Egipto, grandes en la noche de su salida, mayores en el camino, atravesando áridos desiertos, privados hasta de lo más necesario para la vida, é inconcebibles en Egipto, entre aquellos idólatras, gente inmoral, de corazon duro é insensible. Se representa las angustias que sufrió su corazon de Madre, durante los tres dias que le lloró perdido en Jerusalem. Recuerda su amarguísima despedida el dia mismo de su prision en el huerto. Se representa la escena de la calle de la Amargura, cuando halló á su amado Jesus atado como facineroso, escupido, blasfemado, caido bajo el peso enorme de la Cruz. Se representa el cruel sacrificio de la crucifixion con todos sus horrores; le parece ver aquellos sangrientos é inhumanos verdugos gritando llenos de fiera y estúpida alegría; oye las palabras del Salvador, pronunciadas en la Cruz; vé la particion de sus pobres vestiduras, cubiertas de aquella divina sangre, cuya más pequeña porcion seria bastante para la redencion de mil mundos, y

vé tambien la crueldad de aquel bárbaro soldado que, sin respetar siquiera la santidad de un cadáver, levanta su lanza y hiere al Salvador en el costado hasta pasar la lanza del otro lado, dividiendo así su corazon sacrosanto en dos mitades. ¡Oh! María, Madre la más tierna y amorosa, ¡quién podrá ponderar el dolor que inundaba tu alma santísima al pié de la Cruz de Jesus, sobre la cima del monte Calvario! Para ello no serán bastante ni la elocuencia de Isaías, ni el dolorido acento de Jeremías, ni el encendido amor de un serafin.

Y ¿á quién compararemos, señores, á esta Madre querida en el mar inmenso de sus amarguras? ¿Acaso con los amigos de Job, cuando, al verle en un muladar, cubierto de asquerosa lepra, permanecieron silenciosos llenos de afliccion por espacio de tres dias? ¿Acaso con Jacob cuando recibe la triste nueva de que una fiera habia devorado á su querido José? ¿Con la madre de los Macabeos, que murió siete veces con otros tantos hijos, y por lo que mereció el título de madre sobremanera admirable? Pero ¡ay! señores, qué débiles son estas imágenes, comparadas con el dolor y desconsuelo de María junto á la Cruz de su amado Jesus.

Yo recuerdo aquella misteriosa nave de que nos habla Isaías, sin velas, sin remos, combatida de furiosos huracanes, enmedio de un tempestuoso mar, luchando con las embravecidas olas. «¡Pobre nave, exclama el profeta; ¿quién te socorrerá? ¿De dónde

te vendrá el consuelo? ¡Si te hallas sola y entregada al furor de un elemento enemigo!»

Y ¿á quién representa esa nave, señores, en tan deshecha borrasca, sino á la afligida María al pié de la Cruz del Salvador? ¡Oh tempestad que ha levantado en el Calvario la crueldad de los judíos! ¡Brama el mar; levanta sus aguas enfurecidas hasta las nubes! Y ¿en dónde está la afligida María? Al pié de la Cruz, inmóvil como la roca; pero su corazón se ha transformado en las espinas, la lanza, los clavos y la Cruz. Está crucificada con su amado Jesús, y aquel corazón de amor y de dulzura se ha convertido todo en amargura y dolor.

Digamos, pues, en resumen, que María, al pié de la Cruz de su amado Jesús, siente como una madre, pero una madre dotada de una sensibilidad exquisita, de un corazón amoroso, de un alma tierna y vehemente, y siente porque las cualidades que adornan al amado le hacen sobre todos los hombres amable, y siente porque sus tormentos son horribles, sobre toda exageración, bárbaros y crueles. Su dolor no conoce límites, son imposibles de ponderar; su corazón es un inmenso mar donde se concentran todos los torrentes de amargura, según la expresión de Jeremías: *magna est enim velut mare contritio tua.*

Sólo me resta exhortaros á que no mireis con indiferencia los dolores de la Santísima Virgen María. Es la Madre de Jesús, pero también es Madre nuestra. Sufrir por los tormentos de Jesús, pero estos tor-

mentos son la pena de nuestros pecados, que Jesús ha cargado sobre sus hombros, haciéndose nuestro fiador responsable ante la eterna justicia. Luego María sufre por nosotros. Luego el modo de ser nosotros agradecidos, el modo de aliviarla en sus penas, será reprobado y apartarnos del pecado. Si así lo hacemos conseguiremos el amor y protección de nuestra dulce Madre María en esta vida, y después su eterna compañía en la gloria.—AMEN.